

Título: El Fungible, Especial Relatos 2008
© 2008, Ayuntamiento de Alcobendas
Patronato Sociocultural
Plaza Mayor, 1. Alcobendas. 28100 Madrid
© De esta edición:
2008, Santillana Ediciones Generales, S.L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)
Teléfono 91 744 90 60
www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-0549-5
Depósito legal: B-45.210-2008
Impreso en España – Printed in Spain

Imagen de cubierta: Luis Rodríguez Baena

Primera edición: noviembre 2008

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

EL FUNGIBLE

Especial Relatos para
España y América Latina 2008

EL FUNGIBLE

Especial Relatos para España y América Latina 2008

Albert Franquesa Valcárcel
Raquel Mejías Moreno
Julio Alberto Balcázar Centeno
Lucía Barahona Lorenzo
Silvia Colmenero Salgado
Santiago Craig
Reidel Gálvez Riera
Raúl García Gómez
Leonel Giacometto
Ángel Manuel Gómez Espada

Olga Guerrero Larrazábal
Emilio José Isidro Babiano
Alberto Jiménez García
Faustino Lara Ibáñez
Francisco León López
Juan Antonio Marigil Moreno
Ana Isabel Mejías Moreno
J.J. Padilla Sánchez
Rocío Peñalta Catalán
Rubén Varona

punto de lectura



Índice

<i>Presentación</i>	11
<i>Pretexto</i>	13
<i>Jurado</i>	19
<i>Fin de emisión</i>	21
Albert Franquesa Valcárcel	
<i>Todo sin nada</i>	39
Raquel Mejías Moreno	
<i>Clint Eastwood</i>	47
Julio Alberto Balcázar Centeno	
<i>Repaso a una vida con un diccionario a mano</i>	63
Lucía Barahona Lorenzo	
<i>Soñado papel</i>	79
Silvia Colmenero Salgado	

<i>Valijas</i>	91
Santiago Craig	
<i>Han pintado la gran muralla china</i>	97
Reidel Gálvez Riera	
<i>La luz oscura</i>	111
Raúl García Gómez	
<i>Viaje al centro de la tierra</i>	125
Leonel Giacometto	
<i>Los zapatos nuevos</i>	133
Ángel Manuel Gómez Espada	
<i>Todo al revés</i>	141
Olga Guerrero Larrazábal	
<i>Muerte del Mary Celeste</i>	155
Emilio José Isidro Babiano	
<i>La hormiga, la vida, el váter</i>	173
Alberto Jiménez García	
<i>El vendedor</i>	179
Faustino Lara Ibáñez	
<i>La pelota</i>	193
Francisco León López	

<i>Fuegos de artificio</i>	209
Juan Antonio Marigil Moreno	
<i>Metralla en el neocórtex</i>	223
Ana Isabel Mejías Moreno	
<i>Lo encontré en la basura</i>	233
J.J. Padilla Sánchez	
<i>Historia sin la letra i</i>	241
Rocío Peñalta Catalán	
<i>Los restos del Patriarca</i>	249
Rubén Varona	

Presentación

Es un verdadero placer ser puente entre los nuevos escritores y su público lector. Acceder al mundo editorial es una tarea ardua, especialmente para los jóvenes que desean hacer llegar su voz al mundo profesional de la literatura. Ayudar a superar esta barrera, a través de acciones concretas, es el objetivo que el Ayuntamiento se marcó a la hora de establecer acuerdos de edición con firmas de prestigio en el mundo editorial que posibiliten el acceso de los autores noveles al mundo profesional a través de redes de calidad probada en distribución y difusión.

El Ayuntamiento de Alcobendas apoya con energía a los jóvenes escritores noveles, desde hace ya diecisiete años, a través del concurso de relatos *El Fungible*. Desde el inicio de su andadura se ha ido mejorando su alcance a través del incremento de los premios, la participación y la publicación. El empeño por potenciar la literatura como vehículo cultural se ha plasmado también en la ampliación de talleres literarios, el refuerzo de las mediatecas, es la creación de clubes de lectura y otras acciones colectivas centradas en la palabra.

Inmerso en la tarea de responder a las inquietudes y expresiones culturales de los ciudadanos de Alcobendas,

el Ayuntamiento afronta el reto de abrir los cauces de la creatividad literaria a un espectro más amplio de la población. La futura edición del certamen dará cabida a otros géneros, así como a un abanico más amplio de edades, consolidando las mejoras conseguidas a lo largo de estos años y abriendo nuevas perspectivas para aquellos que han encontrado su vocación en la escritura.

IGNACIO GARCÍA DE VINUESA
Alcalde de Alcobendas

Pretexto

Si una obra literaria es demasiado larga para ser leída de una sola vez, preciso es resignarse a perder el importantísimo efecto que se deriva de la unidad de impresión, ya que si la lectura se hace en dos veces, las actividades mundanas interfieren destruyendo al punto toda totalidad (...). Parece evidente, pues, que toda obra literaria se impone un límite preciso en lo que concierne a su extensión: el límite de una sola sesión de lectura. (...). Resulta claro que la brevedad debe hallarse en razón directa de la intensidad del efecto buscado, y esto último con una sola condición: la de que cierto grado de duración es requisito indispensable para conseguir un efecto cualquiera.

EDGAR ALLAN POE. *Filosofía de la composición*

¿Qué es un relato? Es una pregunta que a veces nos hacemos los que organizamos éste y otros concursos, los editores que publican relatos y los que forman los jurados de los concursos. Es, por supuesto, una pregunta que se hacen los críticos con frecuencia e incluso los escritores de vez en cuando. Hay muchas respuestas, desde las más académicas a las más poéticas, pasando por aquellas más polémicas o personales, pero todas las dudas desaparecen cuando cae en nuestras manos un buen cuento ante el que sólo cabe afirmar: «esto es un relato».

Considerado injustamente por muchos un género menor, una novela mínima, un esbozo de algo más largo, el relato parece sobreponerse una y otra vez a los anuncios de muerte que le pronostican de vez en cuando y vive estos días una estupenda salud editorial y una frenética actividad creativa. El cuento es el género literario que más ha evolucionado en el siglo XX, ha tenido un extraordinario auge y gran cantidad de lectores en los países latinoamericanos, donde la novela es un género menor, frente al relato y la poesía, exactamente al revés que en España donde se considera que el relato es una especie de novela abreviada.

Cristina Peri Rossi, autora de numerosos relatos, nos proporciona las claves esenciales del cuento: «Es un género que amo, como lectora y escritora, al que regreso siempre y al que seré fiel toda mi vida. Me gusta la gramática del cuento, su estructura, su brevedad (...) y el hecho de que hay que prescindir de lo accesorio, de lo poco significativo. La mayoría de las veces mis personajes,

como los de Kafka, no tienen nombre, porque sería un dato poco necesario: el relato tiene una economía tan implacable como la poesía. (...) Podemos decir que al principio, si alguna vez hubo un principio, fue el relato. Todas las religiones, todas las cosmogonías comienzan con un cuento mítico que funda la tradición, el pasado, las stirpes, las relaciones entre los sexos y la cultura. (...) Se cuenta para algo. El buen narrador oral (...) aplica, sin saberlo, el consejo de Edgar A. Poe, el gran innovador del género: la unidad de efecto y la economía rigurosa que debe tener un buen relato. Como la poesía, el cuento moderno no admite digresiones, es un mecanismo de relojería donde cada palabra es imprescindible. No puede faltar ni sobrar. (...) Los relatos son una especie sofisticada de parábolas, en el sentido pedagógico y moral del término, aunque la forma haya evolucionado muchísimo. Y son parábolas porque los seres humanos (...) aprendemos a través de historias. El goce de los niños y de las niñas cuando escuchan un cuento (están concentrados, atentos, con la mirada brillante) y su resistencia a aceptar cualquier modificación demuestran que para ellos, como para cualquier lector, un relato es una experiencia de conocimiento, contiene una clase de verdad, aunque la verdad, en literatura, sea relativa y paradójica. Un cuento es una ficción que esconde una verdad a veces difícil de asumir».

A la hora de juzgar y, sobre todo, ante la necesidad de elegir unos ganadores y/o finalistas en un concurso en el que se presentan varios centenares de obras, es necesario fijar parámetros, escrutar la técnica que debe dominar todo buen escritor de relatos, analizar el ritmo narrativo,

el uso del lenguaje, la originalidad o la construcción de los diálogos. Pero cómo baremar aquello que no podemos evaluar tan objetivamente y que sin embargo es definitivo: la capacidad que tienen los relatos de sobresaltarnos, de atraparnos, de introducirnos en su mundo, en sus tragedias y comedias y en la piel de sus personajes. Un buen relato tiene un efecto de K.O. en el lector o en el oyente, le sumerge en otra realidad, despierta los sentidos, abre preguntas en su cabeza.

Y en medio de esta polémica dificultad para decidir de una manera objetiva, por qué arriesgarse a organizar un concurso de relatos. ¿Para quién? *El Fungible* cumple este año su edición número diecisiete con el mismo objetivo y el mismo entusiasmo que la primera vez. Queremos fomentar la creación literaria, queremos ser el destino de muchos relatos escritos por autores noveles de España y Latinoamérica, queremos ser el canal para que los relatos publicados en este libro puedan llegar al mayor número de lectores posibles. Los concursos literarios son una motivación fundamental para muchos autores que se inician en la escritura y quieren tener una referencia externa, forman parte del camino para llegar hasta las editoriales y la escritura profesional.

Para nosotros todos estos objetivos son igualmente importantes, como lo es fomentar la creación literaria en Alcobendas que la edición de este volumen muestra como una realidad emergente ya que la participación local alcanza la cota más alta de calidad en la historia del concurso. A punto de cumplir la mayoría de edad *El Fungible* se replantea el futuro para adaptarse a los tiempos. Se abre así un período de reflexión para dar cabida

a mejoras que potencien la creatividad literaria con las menos cortapisas posibles.

El proceso del concurso se inicia con el envío de las bases del mismo, tratar de llegar a cada taller y agrupación literaria es esencial en esta fase. Recibir las obras y plicas de todos los ilusionados participantes nos contagia su propia ilusión. Después hay que tratar, en una misión a un tiempo ingrata y gozosa —y como siempre discutible—, de elegir los mejores relatos y entre ellos dos ganadores. La tarea del jurado en este punto es encomiable y difícil. Las últimas fases, la creación y posterior distribución del libro que tienes en tus manos, cierra un ciclo que tiene como último destinatario y razón de ser a ti, lector. A nadie más corresponde ahora juzgar lo acertado del proceso. Esperamos que lo disfrutes.

Jurado

LUIS MATEO DÍEZ

Nació en Villablino, León, en 1942. Su primer libro de cuentos, *Memorial de hierbas*, apareció en 1973. Alaguara ha publicado sus novelas *Las estaciones provinciales* (1982), *La fuente de la edad* (1986), con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica, *Apócrifo del clavel y la espina* (1988), *Las horas completas* (1990), *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *La mirada del alma* (1997), *El paraíso de los mortales* (1998), *Fantasma del invierno* (2004), *El fulgor de la pobreza* (2005), *La gloria de los niños* (2007) y las reunidas en *El diablo meridiano* (2001) y en *El eco de las bodas* (2003), así como los libros de relatos *Brasas de agosto* (1989) y *Los males menores* (1993). En un único volumen titulado *El pasado legendario* (2000), prologado por el autor, se han recogido *El árbol de los cuentos*, *Apócrifo del clavel y la espina*, *Relato de Babia*, *Brasas de agosto*, *Los males menores* y *Días del Desván*. El libro *El reino de Celama* (2003) reúne sus tres novelas ambientadas en ese lugar imaginario. En el 2000 obtuvo el Premio Nacional de Narrativa y el Premio de la Crítica por *La ruina del cielo*.

Luis Mateo Díez es miembro de la Real Academia Española.

JORGE EDUARDO BENAVIDES

Jorge Eduardo Benavides (Arequipa, Perú, 1964) estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Garcilaso de la Vega, en Lima, ciudad en la que trabajó como periodista radiofónico. Desde 1991 a 2002 vivió en Tenerife, donde fundó y dirigió el taller *Entrelíneas*, y en la actualidad vive en Madrid, donde imparte y dirige talleres literarios y colabora con revistas literarias de prestigio. Ha publicado dos libros de relatos, *Cuentario y otros relatos* (1989), *La noche de Morgana* (Alfaguara, 2005), y las novelas *Los años inútiles* (Alfaguara, 2002), *El año que rompí contigo* (Alfaguara, 2003) y *Un millón de soles* (Alfaguara, 2008).

En 1988 recibió el Premio de Cuentos José María Arguedas de la Federación Peruana de Escritores y en el 2003 fue galardonado con el Premio Nuevo Talento FNAC.

Fin de emisión
Albert Franquesa Valcárcel

PREMIO AL MEJOR RELATO

ALBERT FRANQUESA VALCÁRCEL (BARCELONA, 1974)

Licenciado en Humanidades por la Universidad Pompeu Fabra, Albert trabaja en la actualidad como profesor de secundaria. Lector compulsivo y escritor a ratos, destaca entre sus verdaderas aficiones «dialogar y filosofar con el ficus de tres metros de mi terraza, compartiendo una cerveza negra a la luz mentirosa del horizonte urbano».

La vocación por la creación literaria es una constante en su vida, poblada de circunstancias con las que nutre sus narraciones. Define la escritura como «la lenta y apurada tarea de afilar las palabras, hasta que pinchen» y aclara el papel que tiene en su vida: «Como no tengo vocación suicida, escribir es mi manera de tirarme al vacío. De prolongar la caída y de paso ver qué pasa mientras uno cae, como en aquel cuento de Buzzati, *Muchacha que cae*, en el que la protagonista, mientras cae vertiginosamente desde un rascacielos, contempla maravillada lo absurdo y fascinante de la vida».

El relato *Fin de emisión*, galardonado en la última edición de nuestro concurso, es una fábula kafkiana sobre el mundo laboral en la sociedad informática, contada con mucha sugerencia, eficacia narrativa y cierto aliento misterioso. Su autor sugiere al lector una pista interesante para entrar de lleno en la historia: «Si queréis ponerle banda sonora al relato, podríais pensar en un disco de Radiohead o Nine Inch Nails, o tal vez de los dos sonando a la vez».

Tres millones de células de vidrio en tensión ultravioleta. Un mundo catódico de neón y xenón en tecnología XD. Un microuniverso pixelado de cincuenta pulgadas con procesador digital y scan progresivo. Tan sólo hay que apretar un botón y el milagro se consume.

El móvil desconectado. El cable telefónico del fijo desenchufado. La pizza en el microondas cinco minutos a mil vatios. Las persianas bajas. Las luces apagadas. Entre capítulo y capítulo de su *sitcom* favorita —un canal emitía toda la serie sin interrupciones— una cerveza fresca. En un mundo de tecnología punta, el cielo es igual a pantalla de plasma más televisión por cable.

Le recibió una morena que no llegaría a los veinticinco, con una sonrisa profesional y un sofisticado aire de naturalidad. Tras estrecharle la mano, enérgica, le instó a acompañarle a su despacho: un cubículo de cuatro metros cuadrados. Héctor respondía a las preguntas de memoria. Con unas cuantas entrevistas a sus espaldas, había ido limando todo tipo de impurezas hasta encajar con el perfil ideal deseado por las empresas. La chica de

Recursos Humanos asentía con interés y de vez en cuando tomaba notas. Llevaba un mes allí, según ella, y parecía que la empresa fuese suya. Utilizaba la primera persona del plural y aceptaba como propia cualquier decisión de la empresa por impopular que fuera. Pero a ella, evidentemente, le tocaba la peor parte. La dirección argumentaba mala planificación y gestión del material humano. Incluso a una ambiciosa futura directora de Recursos Humanos como aquella chica le chirriaba el concepto *material humano* utilizado por los jefes. Cuando acabó con las entrevistas de trabajo y hubo completado el proceso de selección y, por defecto, notificado la baja laboral a media plantilla, fue despedida como todos los demás.

En el periódico salía el tipo que había arrojado al vendedor de cupones a la vía esposado y custodiado por dos policías de paisano. Era una cara normal, una como tantas esperando en el andén aquella mañana. Cuando el pitido del tren anunció su inminente llegada, Héctor miró instintivamente a sus espaldas por temor a que lo arrojasen a la vía. No se sintió orgulloso al hacerlo, pero desconfiar en ese mundo de locos era una medida de prevención de riesgos. Enlatados en el vagón en hora punta, Héctor prefería obviar la hostil realidad diaria enchufándose al iPod de 80 GB con capacidad para veinte mil canciones. En su primer día de trabajo asistió a la primera escena patética: la morenita de Recursos Humanos, llorosa y con la mirada descorrida por el rimel, recogía sus pertenencias de su pequeño despacho. Al verlo

hizo un esfuerzo por sonreír. La vida continúa, dijo con un acopio de aplomo. Le estrechó la mano, esta vez mustia y decaída, y le deseó suerte.

Durante los quince minutos de desayuno la nueva remesa de trabajadores de la multinacional inglesa se reunió en la cafetería de enfrente. Trajeados y encorbatados, rondando los treinta y con un común denominador: eran los triunfadores, los amos del mundo, o al menos eso creían. Débora, la nueva chica de Recursos Humanos, una rubia vestida con americana y pantalón blanco era el contrapunto femenino sobre el negro masculino dominante. Interesada en simpatizar con todos —en la lucha competitiva había que contar con las máximas alianzas posibles—, Débora abordó a Héctor con la pregunta que él mismo llevaba haciéndose desde hacía mucho tiempo: por qué era informático. Podría haber respondido que un informático no tenía que hacerse el simpático, ni esforzarse por caer bien. Podría haber respondido que bastaba con sentarse frente al ordenador y pasarse la jornada delante la pantalla. En lugar de eso se limitó a sonreír.

Un trabajador modélico, pensó el jefe de departamento. Un *workaholic*, como decían los anglosajones. Licenciado en Informática. Becado por la Computational Linguistics Group de Massachussets. Doctorado en nuevas tecnologías con una tesis sobre la web 2.0 con apenas treinta años. O era un genio o un tarado mental.

Fondo de pantalla del día: una solitaria cabaña en el inmenso paisaje natural.

Un par de cervezas. Un curso de cocina japonesa. Una sesión de spinning seguida de mind body. Una sesión doble de cine iraní. Una tarde de compra compulsiva. Un taller de risoterapia o de autoestima. Unas gotas refrescantes de ocio en la dura aridez cotidiana. A Héctor le bastaba con apretar el botón: plataforma digital con antena parabólica, oferta ilimitada de canales, televisión a la carta. El cielo cabía en una pantalla de cincuenta pulgadas. Acomodado en el sofá de cuero negro, aquella noche se sumergió en una sesión ininterrumpida de telecomedias.

Dos semanas después, empezaron los primeros rumores. No era normal que un tipo se pasase las ocho horas laborales pegado a la silla. El cubículo de mamparas transparentes creaba una sensación claustrofóbica insoportable. Era como estar metido en una pecera, comentaban en el desayuno. Sin embargo, Héctor parecía encontrarse como pez en el agua en esa pecera de cuatro metros cuadrados. Hay que ir con cuidado con ese tío, decía uno. Es un trepa, un lameculos, decía otro. Igual es un topo de la empresa y nos vigila a todos, decía un tercero. Lo que estaba claro, por consenso general, era que su ritmo hiperactivo de trabajo ponía en evidencia la cadencia mediterránea de los demás. Así que urdieron un plan. Débora sería el cebo.

A la mañana siguiente, la llamativa rubia de Recursos Humanos que traía a todos de cabeza le propuso desayunar en la cafetería de la esquina. Estaba harta de esos niñatos vanidosos que sólo sabían hablar de trajes de marca y motos acuáticas. Eran unos pijos y unos engreídos, dijo. Y con una sonrisa persuasiva le propuso escaparse

juntos a la otra cafetería de la calle, donde podrían charlar tranquilamente lejos del chismorreo insustancial del grupo. Estoy ocupado, respondió sin mirarla a la cara.

De los primeros rumores pasaron a las primeras confirmaciones. A Débora nadie le decía que no a menos que fuese maricón, decían en la cafetería. De qué iba ese freaky informático con su prepotencia de mariquita y su doctorado de mierda. Desde su despacho, el jefe de departamento seguía divertido los acontecimientos como si de una obra de teatro se tratase. Ese tío es cojonudo, pensaba para sus adentros.

Fondo de pantalla del día: oleaje desatado de pequeños cristalitos espejeantes.

La vida como un videoclip. Una isla eterna y plácida en el vendaval del tiempo. Un orgasmo de olas espumosas. El brillo de la luna. El cielo estrellado. ¿Existe el paraíso de uno mismo? El corazón palpitante. El sudor en la frente. La serpiente persiguiéndose en espirales de deseo. ¿Se puede vivir todavía la vida?

Había pasado ya el tiempo suficiente para que en el departamento se creasen las alianzas, fructificasen las jerarquías, se implantasen con rigor los métodos de dominación subliminal. Estaban los quince minutos de desayuno y luego la hora y media para comer. Tiempo suficiente para despotricar de los jefes, criticar la empresa, maldecir a sus anchas cualquier medida impopular. Volvían nuevos y obedientes. Así de fácil, se decía a sí mismo el jefe de departamento. Era fácil controlar a esos yuppies atados a una vida de consumo por encima de sus posibilidades.

No obstante, el jefe de departamento empezó a notar algo extraño. Desde su despacho tenía acceso directo a la actividad de todos los ordenadores. El de Héctor llevaba dos horas inactivo. Qué raro, pensó. El chico seguía pasándose sus ocho horas diarias pegado a la pantalla. Además su rendimiento hasta el momento había sido sencillamente extraordinario, pese a su poca capacidad de integración en el equipo. En los dos últimos días el historial reciente de su ordenador registraba un descenso de actividad preocupante. A media mañana, aprovechando que media planta desayunaba, se acercó a su cubículo y asomó la cabeza con discreción. Ahí estaba sentado, desde las siete de la mañana, inmóvil frente al ordenador.

Fondo de pantalla del día: perfección esférica de un iglú en el vasto paisaje polar.

Un mal día lo tiene todo el mundo, pensó, y al momento sintió compasión por el chico, y eso le hizo sentirse bien. Él había sido como Héctor al principio. Había que ser ambicioso. Había que subir rápido, pero no quemarse en el camino. Lo llamaría a su despacho, sí. Lo llamaría y lo trataría con comprensión, incluso con más comprensión de la que se permitía normalmente.

Llevaba horas planeando la charla. Toda la mañana caminando de un lado a otro del despacho repitiéndose un convincente soliloquio paternal. Se gustaba a sí mismo gesticulando locuaz el monólogo imaginario con una sonrisa espontánea y guiñando el ojo a menudo en el reflejo de la mesa. Nada de discursos. Nada de sermones. Quería ofrecerle la mano. Decirle que tenía un compañero. Si se terciaba, incluso podían ser amigos. Contarle

que también él pasaba por momentos malos de vez en cuando. El mundo era duro, a veces cruel. Por la diferencia de edad, pensó que podría ser su padre. El padre que espera la vuelta de su hijo pródigo. O su tío favorito. O su amante secreto.

Cuando Héctor entró por la puerta borró de su mente todos esos pensamientos estúpidos y lo invitó a sentarse. Disertaba inspirado desde su sofá al informático que lo miraba fijamente, igual que una vaca frente a un tren de mercancías, mientras hablaba sobre la amistad y el compañerismo, sobre formar parte de algo, sobre la vida y el trabajo. Cuando Héctor hubo salido de su despacho, se quedó con la vaga sensación de haber monologado durante veinte minutos sin sacarle una sola palabra a ese extraño inquilino de su departamento. Y con la impresión de haber quedado como un imbécil integral lo juzgó con severidad. Él abriéndole el corazón y la única respuesta obtenida: un silencio ofensivo. Ahora estaría riéndose a carcajadas, desde luego. Suerte que Héctor era un colgado de la vida y su entrevista no sería de dominio público, pensó.

Fue como un latigazo. Difícil de explicar. Como una revelación, pero sin Dios. Se vio a sí mismo traspasado por algo superior. Algo tan ajeno al mundo como un destello instantáneo de verdad. Se sintió ridículo en medio de la acera, trajeado, con el maletín y las prisas por entrar a trabajar. Cada mañana, la misma rutina indolora, el paso banal del tiempo. Salía del metro. Andaba unos pasos. Cruzaba las puertas giratorias ignorando

a ese vagabundo que a diario se entrometía entre los transeúntes pidiendo una moneda. Aquella mañana, cuando vio al vagabundo al pie del bordillo, a escasos metros de su trayecto diario, se desvió con disimulo de aquella manera que tenemos todos de ignorar amablemente a los que piden limosna. Sólo pudo ver de reojo cómo se arrojó al asfalto y el crujido seco de huesos chirriando en sus oídos cuando el taxi lo embistió. La gente se arremolinó alrededor del cuerpo inerte. Oyó que alguien decía que estaba muerto. En cinco minutos llegó la ambulancia. Metieron el cuerpo dentro y desapareció. Segundos de estupor después la gente volvió a sus vidas. Y todo volvió a la normalidad, como si no hubiera sucedido nada. Fue como un latigazo. Como una revelación, pero sin Dios.

Al cruzar las puertas giratorias, todo sucedía con más lentitud de la normal. Sus pasos se hundían en el suelo pegajoso de la moqueta, como si la materia, la única certeza evidente, perdiera consistencia. Lo despertó el timbre del ascensor. Se abrieron las compuertas: la tediosa coreografía diaria acompañada por el tumulto de siempre dio lugar a un silencio en el que sólo percibía sus propios latidos y el eco de sus pasos de camino al despacho. No reconocía las caras de sus compañeros, no entendía sus prisas, su propio despacho le era extraño. Se sentó y esperó, pero no supo qué.

La vecina de cubículo, la rubia cañón de Recursos Humanos que todos los compañeros querían tirarse, no estaba acostumbrada a que los hombres le dijese que no. De ahí que se tomase la negativa de Héctor como una cuestión de honor personal y reafirmación de su

inapelable poder de seducción puesto en duda por aquel imbécil. Aquella mañana, enfundada en una minifalda de vértigo y un escote pronunciado, se asomó a su cubículo. Héctor la miró sin verla y continuó la lectura. Dostoyevsky, dijo frunciendo el ceño interrogativa. Sadomasoquismo, respondió Héctor. Se le aceleró el pulso sin saber qué decir, poco acostumbrada a la indiferencia masculina, y salió aturdida del cubículo. Dos días después, Héctor recibió un paquete vía mensajería. Se quedó mirando el látigo y el vibrador plateado que incluía el *pack* sin entender nada. Minutos después, recibió un mail. La rubia de Recursos Humanos le proponía una sesión de dominación-sumisión, una variante *light* de sadomasoquismo.

Fondo de pantalla del día: dunas del desierto en un horizonte de espejismos.

La ilimitada oferta de canales lo llevaba a unas sesiones frenéticas de *zapping*. No podía pensar con claridad. Incapaz de liberarse de la imagen del vagabundo bajo las ruedas del taxi. Aquel ser que había ignorado a diario. Aquella piltrafa humana indigna de su atención. Llevaba días sin poder dormir. Pronto dejó de ver los telediarios. Pronto dejó de leer los periódicos. Empezó a ignorar cuanto sucedía en el mundo. Una construcción espectacular de las noticias, una dosis diaria de redención humana. La actualidad era el camello. El mundo había explotado en sus narices y ni siquiera había vertido una sola lágrima. Demasiado tiempo seco. Demasiado tiempo muerto. Y eso le dolió, pero sin dolerle ya. El

dolor se había convertido en una idea, una cosa para intelectuales. Pensó el dolor todo el día, pero fue incapaz de sentirlo.

Se empezó a presentar en la oficina despeinado y con ojeras, el traje arrugado y la camisa manchada de whisky. Deberías salir menos, le aconsejaban con sorna sus compañeros de trabajo. Héctor no recordaba la última vez que salió de copas. Fue la noche de despedida de casado. Lo emborracharon con gintonics y recuerdos de juergas universitarias. Aquellos maravillosos años, así lo llamaban sus amigos. Luego la guinda de la noche: una stripper, modelo escort, morena con cuerpo de gimnasio, restregándose con furia contra el homenajeadado convenientemente a la silla. Luego más gintonics en la discoteca de moda, apretujados, ebrios de eternidad. Tambaleante, a las seis de la madrugada, cayó desplomado sobre la cama.

El jefe de departamento llamó a Héctor a su despacho. Llevaba días planeando la emboscada. Le tenía preparado un discurso sin paliativos. Nada de tonterías paternalistas. Nada de estúpidas ensoñaciones. Por algo era el jefe. Le pediría explicaciones sobre su bajo rendimiento. Le informaría de las condiciones de su contrato y de qué sucedería si su actitud no cambiase de inmediato. Compromiso, era la palabra clave. Flexibilidad, era la palabra clave. Espíritu de equipo, era la palabra clave.

El dedo índice cambiaba de un canal a otro una y otra vez. Ni siquiera se había quitado el traje de oficina. Las retinas apenas reaccionaban a los estímulos visuales.

Podía pasarse horas tirado en el sofá con la misma sensación. Doscientos, trescientos canales a su disposición. La misma mierda de siempre. El mundo colonizado por la banalidad humana en forma de explotación audiovisual de estereotipos.

Dicen que el mundo no existe, que aquello que llamamos *mundo* no es más que el contacto neuronal a partir de recuerdos y conexiones sinápticas entre recuerdos. A Héctor todo le recordaba a Elena. Un capítulo de su *sitcom* favorita, una película de David Lynch, un documental sobre París, un video clip de los Kaiser Chiefs. Por higiene mental sólo se permitió las cartas de ajuste. Se acomodó en el sofá iluminado por el fuego intenso de la pantalla, el relajante crepitar de una hoguera que emitía un canal alemán ocho horas ininterrumpidas. Una sensación de bienestar llenaba sus venas de amnesia. Otras noches, la pantalla se convertía en una pecera. Héctor se sumergía en las profundidades del océano, rodeado de corales y plantas exóticas y peces tropicales. El mar cabía en una pantalla de plasma de cincuenta pulgadas. Un dulce naufragio en tecnología XD.

Por más vueltas que le diese el jefe de departamento no podía creérselo. Tres días sin venir a trabajar y ni una sola excusa. Al cuarto día, Héctor salió del ascensor, cruzó la planta y se encerró en su cubículo sin decir nada a nadie. Su jefe repasó el historial reciente de su ordenador: inactivo. Se asomó a su cubículo: inactivo. Pensó en su futuro: inactivo. Dormitaba encima del teclado, descamisado, apestando a alcohol, con el pelo que parecía

una alcachofa. Quién era ese tipo. Quién demonios se había pensado que era. Pasaría al ataque directo. Le daría un ultimátum. La última oportunidad. Y luego a la puta calle. A última hora de la tarde, cuando quiso afrontar el tema cara a cara, Héctor ya se había esfumado.

El informe que encargó a la chica de Recursos Humanos no hizo más que confirmar la opinión que tenía sobre Héctor Mendetz. Se apoyaría en ese informe negativo para propiciarle una salida discreta. Es más, le pediría a la directora de Recursos Humanos que fuese ella quien se encargase personalmente de comunicarle la rescisión del contrato. Los jefes no tenían por qué ensuciarse las manos con esas minucias. Los jefes estaban por encima de todo eso.

Puestas de sol en Tahití. Paisajes nevados de las Montañas Rocosas. Viajes en globo siguiendo el Amazonas. Mares agitados. Mares en calma acompañados de una melodía suave y relajante. Las cartas de ajuste eran un mundo por descubrir. Héctor se pasaba las noches frente a esas emisiones nocturnas ininterrumpidas bebiendo whisky en copas de champán. Pero no tardó mucho en cansarse también de las cartas de ajuste, el último reducto del acto contemplativo. Definitivamente, el mundo se había convertido en un espectáculo mediocre, una mala película de serie B, y la televisión bordeaba el encefalograma plano.

La puerta de acceso no aceptaba su acreditación. El pitido y la luz roja le denegaban una y otra vez el paso.

Pero Héctor insistía. Tuvo que ser la directora de Recursos Humanos en persona quien le impidiese la entrada. Por primera vez, le pareció que la mirada de Héctor escondía algo más que fría indiferencia. En un repentino ataque de culpabilidad, Débora corrió tras Héctor parado en el semáforo en rojo al otro lado de la calle. Lo detuvo en mitad de la acera con lágrimas en los ojos y una expresión suplicante. Héctor la miró aturdido. El semáforo se puso en verde.

Llevaba tiempo sin sentir la vida. Sin amar la vida. Sin sufrir la vida. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que no tenía nada que hacer y el hecho de no tener nada qué hacer lo hacía sentirse extrañamente bien. Se sentía liberado, pero hacia dónde lo llevaría ese sentimiento. El sol doraba su piel. El viento aireaba su cabello. Se pasó la tarde paseando sin rumbo fijo redescubriendo sensaciones estancadas, evocando sentimientos olvidados. Cuando llegó a casa abordó el armario de Elena, que todavía no se había dignado vaciar del todo, sacó toda su ropa y la acumuló en forma de pira en la terraza y le pegó fuego. Se quedó ahí mirando cómo ardía su ropa interior, sus zapatos de tacón, sus blusas, sus faldas... Luego sacó la pantalla de plasma de cincuenta pulgadas, la roció de alcohol, y la prendió fuego. La televisión ardía mal, así que cogió un par de macetas y las estampó contra esa maldita pantalla de cincuenta pulgadas. Descamisado, respirando exhausto, se sentó en el suelo, apoyado contra la pared, y cerró los ojos para dejarse dorar por los últimos rayos de sol. Algo parecido

a la promesa de una felicidad presentida iluminó su rostro.

El mundo seguía igual. Los despertadores sonaban a la misma hora. Colas a la salida de la ciudad, colas a la entrada de la ciudad. Los trabajadores seguían yendo a sus lugares de trabajo. Las fotocopadoras seguían fotocopiando documentos importantes. Los telediarios seguían con las noticias de siempre. Los pobres seguían siendo pobres. Los ricos seguían siendo ricos. Los que no eran ni ricos ni pobres seguían siendo ni ricos ni pobres. El Apocalipsis nunca llegaría. Y en el caso de que llegase el mundo no se enteraría.

Un año después, Débora fue ascendida a directora de Recursos Humanos. Fueron meses difíciles. La empresa decidió liquidar media plantilla alegando mala planificación y gestión del *material humano*. Y evidentemente tenía que ser ella, como recién ascendida a directora, la encargada de gestionar la rescisión de los contratos de quienes habían sido sus compañeros durante todo un año.

Aquella mañana, la directora de Recursos Humanos salió de su *cabriolet* aparcado en el parking privado de la empresa. Su rostro denotaba seriedad. En sus labios ya no afloraba esa dulce sonrisa irresistible. Con un traje impecable y el pelo recogido, se dirigía hacia las puertas giratorias de acceso al edificio, pero a escasos metros un vagabundo se interpuso en su camino. Absorbida en sus preocupaciones pasó de largo. Pero luego se detuvo, con el corazón en un puño, y se giró con la boca abierta. Era

Héctor. Apenas reconocible debajo de una barba larga y canosa, el pelo largo, y un vestido harapiento. Héctor no le dijo nada. En sus ojos brillaba lo desconocido. Bastó con que le tendiese el brazo con la mano abierta. Débora no pudo pensar, no quiso elegir. Simplemente se dejó llevar.